

Michel Foucault

Le beau danger. Entretien avec Claude Bonnefoy

París, Éditions de l'EHESS, 2011 (edición y presentación de Philippe Artières)

Foucault se ha convertido, como decía en su tiempo Max Weber de Marx y Nietzsche, en uno de esos pensadores con los que cualquier sociólogo contemporáneo deberá tarde o temprano vérselas. Las publicaciones que han ido recogiendo desde su muerte la casi totalidad de su obra escrita y hablada, y las que la comentan, son ya ingentes. A ello ha contribuido en parte el trabajo de reunir y archivar todos los documentos y materiales existentes sobre el pensador emprendido por el Centre Michel Foucault (grabaciones, vídeos, anotaciones, fotografías, muchos de ellos disponibles *online* en www.michel-foucault-archives.org), labor que permite hoy la publicación de esta obra póstuma.

La colección «Audiographie» de las ediciones de la EHESS, dedicada a rescatar «la voz de las ciencias sociales» a partir de intervenciones públicas, conferencias, entrevistas y otros materiales inéditos de autores «clásicos», comienza así su andadura con una entrevista inédita a Michel Foucault, en el mismo año en que se cumplen cincuenta años de la publicación de su *Historia de la locura en la época clásica* (1961). Realizada entre el verano y el otoño de 1968, poco antes de volver de Túnez, cuando el pensador está escribiendo *La arqueología del saber* (1969), corresponde al único fragmento que queda de lo que se planteó como una serie de entrevistas con el crítico Claude Bonnefoy (1929-1979) para un libro que nunca se llegaría a publicar.

Si son muchas las entrevistas que el pensador concedió a lo largo de su vida (recopiladas en los volúmenes de los *Dits et écrits* o, más recientemente, en las *Obras escogidas*, publicadas en castellano por Paidós), esta en concreto presenta la particularidad de mostrar al pensador en otra tesitura: no se trata de comentar su obra, concretar o ampliar sus tesis, responder a críticas o pronunciarse sobre la actualidad (de hecho sorprende la total ausencia de referencia al contexto político, «caliente» tras los acontecimientos de mayo y junio de 1968), sino de preguntarse por el «reverso de la tapicería» (p. 36)¹, por la trama que se urde en la «cocina» de sus obras y su *relación con la escritura*.

¹ Todas las citas son traducción propia del francés original.

Ese «bello peligro» al que alude el título es al que se expone Foucault, a la vez incómodo y divertido por la tarea, al dar a conocer parte de esa faceta inédita de su trabajo —que reconoce haber evitado explicitar hasta entonces—. Un «peligro» que no carece de relación con ese miedo o rechazo que mostraba Foucault a la reducción y objetivación de su persona desde fuera, a verse atrapado en un orden de discurso —es decir, a verse sumido en los mismos mecanismos de poder que estudiaba—, y que queda patente en la entrevista: «[...] ya estoy viendo la sombra grotesca del psiquiatra que encontrará en lo que digo los signos, primero de mi esquizofrenia, después del carácter propiamente delirante, por tanto no objetivo, no verdadero, no racional, no científico de lo que he dicho en mis libros» (p. 65).

Preguntado por la cuestión de la escritura, vemos a un Foucault que se aventura a intentar *relacionar su trabajo con su trayectoria vital* y, en particular, con su infancia y su medio familiar, hecho bastante raro en su producción, sobre todo en esos años². Cuánto de lucidez y cuánto de ilusión biográfica hay en estas conexiones que Foucault establece entre su obra y su biografía es, sin embargo, algo que queda por determinar. Foucault relaciona, por ejemplo, su relación inicial con la escritura, «complicada» y distante, con sus dificultades para «escribir bien» —de forma legible— en la escuela primaria y con su entorno familiar de médicos de provincias³, en el que la palabra, y con ella la escritura, eran prácticas desvalorizadas y reducidas a su mera función clínica. Según él, no sería hasta los 30 años, durante su estancia en Suecia, cuando, debiendo hablar una lengua extranjera que «conocía bastante mal» (p. 30), esta relación se invertiría: «Allí donde no es posible hablar, se descubre el encanto secreto, difícil, un tanto peligroso de escribir» (p. 31).

Por otro lado, también relaciona ese particular medio familiar, en su carácter médico, con la elección de sus primeros *objetos de estudio*: la locura, vista por los médicos clínicos como una «falsa enfermedad tratada por falsos médicos» (p. 43), desvalorización que le habría permitido captar relaciones que de otra forma no habría visto; y la medicina, cuyo modo de conocimiento le obsesionaba, dice, por cuanto lo sentía presente en su propia escritura. Pero también lo relaciona con su propia forma de aproximarse a ellos, no como filósofo, historiador o sociólogo, sino, siguiendo a Nietzsche, como «médico», como «diagnosticador» (*diagnosticien*, p. 40). Como un forense, hace la autopsia de los otros usando como bisturí la escritura: «No me intereso por el pasado para intentar hacerlo revivir, sino porque está muerto. [...] Creo que la alternativa a la vida no es la muerte, sino más bien la verdad. Lo que hay que encontrar a través de la blancura y la inercia de la muerte no es el estremecimiento perdido de la vida, es el despliegue meticuloso de la verdad» (pp. 39-40).

Más allá de la conexión biográfica explícita, destaca el hecho de que, a lo largo de la entrevista, Foucault va tejiendo una cierta *concepción de la escritura* a partir de su experiencia propia —aunque sin dar detalles de su práctica concreta—. Una concepción que, sin proponérselo

² Con los años parece más propenso a desvelar algo de su vida personal, como si la alta posición adquirida en el campo académico o incluso la proximidad de la muerte le hubieran dado la confianza suficiente para ello (véanse, por ejemplo, «Radioscopie de Michel Foucault» [1975], en *Dits et écrits, II*, París, Gallimard, 1994, texto 336, pp. 525-538, o «Une interview de Michel Foucault par Stephen Riggins» [1982], en *Dits et écrits, IV*, París, Gallimard, 1994, texto 161, pp. 525-538).

³ Recordemos que su padre, sus dos abuelos y su hermano eran médicos. Véase J. L. Moreno Pestaña, *Convirtiéndose en Foucault. Sociogénesis de un filósofo*, Barcelona, Montesinos, 2006, pp. 13 y 18-19.

(puesto que habla en primera persona), resulta en buena medida válida para las ciencias humanas y sociales, que hasta hace no tanto seguían sin reconocer la importancia de la escritura en la investigación social. Como Blanchot, Foucault ve la escritura relacionada con la muerte: postula la muerte de los otros para poder examinar, diseccionar, analizar sus cuerpos (aunque a veces resulten estar vivos y se revuelvan). Pero en esa autopsia que se realiza por la escritura lo que se quiere demostrar no precede a la escritura misma, sino que se descubre en el propio proceso de escribir. El diagnóstico no está claro de partida, emerge y se nos revela en la escritura. Restituyendo a cada texto su singularidad, la escritura es el lugar donde aparece la distancia que nos separa de ellos, de lo muerto, y lo que nos permite medir esa distancia.

La escritura es para Foucault una actividad *paradójica*, a la vez «aterciopelada» (p. 35) y difícil, placentera y obligatoria. El placer mismo viene ligado a la *obligación de escribir*, que se anuncia de diversas formas: en la pequeña página de escritura de cada día, en la que encontramos como una especie de absolución; en el hecho de que se escribe para escribir el último libro, como si quisiéramos agotar la lengua con el discurso, tarea imposible e infinita; en el hecho de que se escribe para no tener rostro, para esconderse, para que la vida quede absorbida y fijada en el papel, también tarea imposible.

Si la cultura occidental ha otorgado a la escritura una dimensión sagrada, concibiéndola como «actividad en sí, no transitiva» (p. 28), Foucault se sitúa en una posición opuesta —sin por ello deslegitimar la otra, que apunta a la filosofía y la literatura—. Retomando la distinción de Barthes entre *escritores* y *escribientes* (*écrivains*)⁴, se sitúa en el lado de los segundos, «de aquellos cuya escritura es transitiva. Quiero decir, cuya escritura está destinada a designar, mostrar, manifestar fuera de sí misma algo que, sin ella, habría permanecido, si no oculta, al menos invisible» (pp. 59-60). Su objetivo no es, por tanto, producir una obra —como el literato o el filósofo—, pero tampoco es erigirse en intérprete de secretos profundos ocultos bajo las cosas —como el psicoanalista o el «hermeneuta» (p. 63)—. Es «hacer aparecer lo que está inmediatamente presente y es al mismo tiempo invisible», «lo que está demasiado cerca de nuestra mirada para que podamos verlo» (pp. 60-61).

En definitiva, este pequeño texto nos acerca un poco más a la esquiwa trastienda del trabajo de Foucault, pero también nos revela en la descripción de su relación personal a la escritura algo de nosotros mismos y de nuestro propio trabajo: en el relato del Foucault-escritor —o escribiente— quizá puedan reconocerse muchos científicos sociales.

JAVIER RUJAS MARTÍNEZ-NOVILLO
Universidad Complutense de Madrid
javier.rujas@cps.ucm.es

⁴ R. Barthes, «Écrivains» y «écrivains» (1960), en *Ensayos críticos*, Barcelona, Seix Barral, 2002, pp. 201-211.